

JOSE M.^a FERNANDEZ NIETO

AUNQUE ES
DE NOCHE

POEMAS EN RUTA HACIA DIOS .

AC-F 504

PALENCIA

1 9 4 7



GAC-1742

T: 127503

A fabius A. Carriado
como al elegido de mi
congregacion poetica

M. U.

Aunque es de noche
(San Juan de la Cruz)

*A la memoria de María
Teresa Ortega Nieto*

Elegía a M.^a Teresa Ortega Nieto

I

Te esperaba la tarde para darte su aroma;
el cielo sonreía gozosamente triste
y escondía en la torre su llanto una paloma
cuando por esa senda, silenciosa te fuiste.

Te llevaban en hombros hacia tu camposanto
como un lirio reciente circundado de besos,
a lo lejos la Nava te ofrecía su llanto
y el dolor de tu muerte buscaba nuestros huesos.

Toda la tarde estaba suspirando delirios
cuando recién dormida por el campo pasabas;
ibas, María Teresa, como un ramo de lirios
y aún tu voz en nosotros como un ángel cantabas.

Cuando la tierra dulce, la tierra cariñosa
quiso besar tu cuerpo con su labio de amores,
tú ya te habías ido como una mariposa
sorteando los ríos y besando las flores.

II

Dinos, María Teresa, ¿cómo es ese paisaje?
desde ahí, ¿cómo vemos el mundo de las cosas?
Tú, que ya descansaste de este rápido viaje,
háblanos de esa vida, de ese puerto de rosas.

Dinos cuál es la senda que has seguido en tu vuelo,
el árbol donde anides, la luz donde reposes.
No nos digas que habitas en la ciudad del cielo,
que ya nos lo decían tus últimos adioses.

Tú no has muerto, Teresa, no has muerto porque ahora
vives junto a nosotros más que nunca encendida
y en el dolor inmenso de todo el que te llora
sigue creciendo el árbol que ha sembrado tu vida.

Nosotros sí que somos los que muertos quedamos.
¿No es la carne el sepulcro de nuestras ilusiones?
Los muertos somos todos los que aquí te lloramos.
Tú serás la que vivas en nuestros corazones.

Ni has de morir ya nunca, nunca, María Teresa,
ni es posible que el tiempo de nosotros te borre.
No, tu cuerpo no vuelve, pero tu alma regresa
lo mismo que regresa la cigüeña a la torre.

III

Lloramos, sin embargo, porque somos humanos,
porque el alma se esconde detrás de nuestros ojos,
porque te vimos quietas para siempre las manos
y para siempre blancos tus labios que eran rojos.

Porque te recordamos en tus horas tranquilas
y ahora vemos tu cuerpo frío como la nieve,
porque no comprendemos que tus hondas pupilas
en un momento sólo la muerte se las lleve.

Y por eso, Teresa, nuestro dolor es hondo
y una lluvia de lágrimas ha bañado tu frente,
porque tu vida ha sido como un vaso sin fondo
donde todos bebieron tu risa transparente.

Por eso todo es triste desde que nos dejaste
y no hay luz ni consuelo desde tu despedida,
y es que nuestra alegría toda te la llevaste,
¡que es muy triste una muerte cuando empieza una vida!

Recuerdo que la plaza era un vergel de luces
donde el sol penetraba la tarde de hermosura,
y hoy nos parece un campo con invisibles cruces,
un jardín sin aromas en una noche oscura.

Se ha quedado tu sala con tu lecho vacío
y aún por ella se apagan tus últimos perdones.
Fuiste como una rosa que se muere de frío
cuando tiene más frescas todas las ilusiones.

Ya no irás con nosotros a rezar a la ermita,
ni vendrás a la iglesia cuando se oigan campanas,
y cuando por San Roque todo el pueblo se agita
ya nunca irás a verlo como irán tus hermanas.

Qué angustia sentiremos cuando venga el verano
y ondulen los trigales su cabello en la brisa,

cuando con nuestras voces te llamemos en vano
y ya no puedas darnos tu voz y tu sonrisa.

Qué soledad tan triste tendrá la carretera
que tú junto a nosotros tantas veces pisaste,
ni podremos ya nunca gozar la primavera
porque tú con tu muerte al cielo la llevaste.

Todo, todo está triste desde que tú te has ido,
desde que no florece tu risa por la casa,
que antes pasaba el tiempo con paso decidido
y desde que te fuiste parece que no pasa.

Y es que se vé la vida de un modo diferente
y todo lo terreno con la muerte se olvida;
que tú muerte, Teresa, ha sido como un puente
desde donde miramos el río de la vida.

IV

Dinos, María Teresa, ¿se está bien donde habitas?
Cuéntanos de tu vida, de tu nuevo aposento.
Cuando miro una rosa parece que palpitas
en el cáliz que tiembla con el temblor del viento.

Dinos, María Teresa, ¿eres acaso aquella
que empaña nuestras lágrimas cuando estamos llorando?
¿Qué camino tomaste, por qué divina estrella
derramas tus amores que nos vas consolando?

Oh, muerte primorosa que agostaste una vida
tan dulcemente triste como un lirio de mayo.
Nadie podrá olvidarse de aquella despedida,
de aquella santa muerte que fué como un desmayo.

Sí, fué Santa Teresa, Teresa, la que vino
a dirigir tus pasos al prado de la gloria,
a enseñarte las flores que había en el camino
y a cortar las espinas que herían tu memoria.

Y por eso la tarde te guardaba su aroma,
por eso estaba el cielo gozosamente triste
y por eso en la torre lloraba una paloma
cuando por esa senda una tarde te fuiste.

Ser como niño

Hoy soy, Señor, hoy soy; hoy soy y vivo
como una llama que se sabe ardiendo,
como una oculta rama de tu olivo
que se siente creciendo.

Hoy quiero ser un niño en tus rodillas,
un niño entre tus brazos soberanos,
un chiquillo que besa tus mejillas
y juega con tus manos.

Me canso de ser hombre en esta ruta
necha para unos gritos sin agravios,
y arrugándome voy como una fruta
que no encuentra sus labios.

Estoy cansado plenamente, yerto,
que mi alma cruce de parte a parte
y porque Oasis fuiste en mi desierto,
Señor, ya se buscarte.

Quiero escanciar el agua de tu vaso,
beber hasta lo íntimo tu gozo
y solamente detener mi paso
cuando llegue a tu pozo.

Cuando llegue a tu pozo y no me halle
y buscándome grite hacia su fondo;
porque estaré más hondo que mi valle,
Señor, mucho más hondo.

Hoy soy, Señor, hoy soy no sólo vivo,
soy que es más que vivir. Soy y me sobra
este andado vivir, siempre cautivo
de una misma zozobra.

Hoy quiero ser un ramo de cariños,
quiero ser como un niño transparente.
Los hombres viven más que son, los niños
son, Señor, solamente.

Aunque es de noche

El alma es una noche en que la vida
anuncia que hay un alba no lejana;
Dios es como la luz de la mañana
que anticipa en estrellas su venida.

El alma es una noche que convida
a esperar una voz, una campana;
y nuestra fe, la luna donde mana
una fuente de luz desconocida.

La muerte es una aurora que se esconde,
la voz que nos escucha y no responde
porque entera al misterio pertenece.

Y la Gloria, Señor, el mediodía,
la claridad azul de un nuevo día
que para no apagarse resplandece.

Oración de un cadáver

Aquí, Señor, los ojos que miraron
los cuerpos en lujurias escondidos;
aquí, Señor, los míseros oídos
que los necios consejos escucharon.

Aquí, Señor, las manos que buscaron
de todas las pasiones los latidos,
y aquí, Señor, helados los sentidos
que en la hoguera del mundo se quemaron.

Aquí, Señor, mi cuerpo con la tierra
en amoroso abono convertido
para enjambrear con trigos y manzanos.

Aquí, Señor, mi corazón se entierra,
mi pobre corazón hoy invadido
por una muchedumbre de gusanos.

Elegía esperanzada

A Pilar Gómez Ponte,

muerta al nacer su hijo

Dios te había llamado con su grito sereno
y había concedido un plazo a tu respuesta,
pero antes de tu muerte se anunciaba en tu seno
una suprema fiesta.

Una bandada de ángeles te conquistó las sienes
un grito de ternura te penetró la entraña.
Y un espantoso júbilo como un choque de trenes
desvaneció tu hazaña.

Oh, singular contraste, que cuando tú te ibas
es cuando prometías para siempre quedarte;
ay, tu alma y tu carne ya para siempre vivas
en una y otra parte.

Ya tiene dos jardines que cultivar tu mano,
dos altos paraísos donde olvidar tus quejas,
el alma que llevaste con tu vuelo temprano
y el alma que te dejas.

La muerte tiene prisa para los elegidos.
Pronto—te dijo—, pronto. Tú respondiste: Espera.
Y te bastó un momento. Tus ojos, sorprendidos,
vieron la primavera.

Luego te traspasaste de dulcísimo canto.
se apagaron tus ojos como pálidos cirios
y una invisible virgen disimuló tu llanto
cubriéndote de lirios.

La muerte tiene prisa para los elegidos,
no quiso despedidas para no detenerte,

pero había dos ojos recién aparecidos
y te esperó la muerte.

Esperó a que embriagases tu corazón reciente,
tu corazón de madre que por nacer moría
en la luz de tu hijo, de tu carne aún caliente
que ya el Señor movía.

Y fué tan desgarrado tu aliento postrimero,
un adiós tan dulcísimo el que tu amor le dijo,
que un trozo de tu espíritu se quedó prisionero
de la carne del hijo.

La muerte tiene prisa para los elegidos,
una prisa apretada, consciente, vencedora,
que arranca las raíces de todos los sentidos
sin anunciar la hora.

Pero en tí no hubo prisa ni urgencia en la llamada,
todo estaba en el Cielo previsto de tal suerte.
Un vocerío de ángel. Nada más. No hubo nada,
ni tan siquiera muerte.

Hubo sólo un mandato, una mano, un relevo,
un entregar tu vida cumpliendo tu promesa;
un acabar tu cuerpo para empezar de nuevo
antes de ser pavesa.

Porque tú no te has muerto, persistes en tu hijo
como persiste un fruto cuando da su simiente.
No lo dice mi verso, fué tu voz quien lo dijo
tan silenciosamente.

La muerte tiene prisa para los elegidos.
¡Ay, la trágica prisa del último momento!
Para tí no hubo prisa. Tus últimos latidos
tienen ya testamento.

Un vivo testamento por tu sangre legado.
Nadie podrá decirte que has muerto en absoluto.
No, que no muere el árbol, no muere si ha dejado
un aroma y un fruto.

El pecado

Lloro por un recuerdo que he perdido,
por un ángel de tierra arrebatado,
lloro por la dulzura de un pasado
que tengo en mi memoria detenido.

Lloro por un encanto repetido
que el viento de la vida me ha borrado,
por todo lo que el mundo me ha llevado
cuando en mi corazón era querido.

Lloro por él, por ella, por aquello
que se me va perdiendo y olvidando
lo mismo que un anillo, que un tesoro.

Y hoy, que siento nostalgia de lo bello,
que quisiera tal vez estar llorando,
he perdido a mi alma y no la lloro.

Visita al Sagrario

Hoy vengo a visitarte, Jesús mío,
y a encarcelar mi voz en tu Sagrario
como un pájaro azul que solitario
le confía sus cánticos al río.

Llevo el alma doliéndome de frío
y siento tu calor tan necesario
que no podré vivir sin que a diario
mi hierba se me empape en tu rocío.

Esclavo quiero ser de tu mirada
como el aire del sol, como si fuera
una parte de un Todo que no es nada.

Que esclavizado así, de esta manera,
con mi alma en la tuya descansada,
puede venir la muerte cuando quiera.

Poema a la Virgen María

I

Esposa

Fué como si la aurora, que amaba al firmamento,
rompiera su caricia con envidia de esposa;
como si detuviera su galopar el viento
para quedar prendido del cá'iz de una rosa.

Fué como si el silencio, que ya amaba a la noche,
la enlazara en sus brazos callados y amorosos;
como si el sol amante prometiera su broche
a una tierra ofrecida por labios cariñosos.

Y como si del fruto, de la ilusión en vuelo
la vida se sintiera de pronto enamorada;
fué como si la tierra se uniera con el cielo
cuando Dios te hizo Esposa, María Inmaculada.

Virgen

Fué como si los lirios se sintieran heridos
por la luz venturosa que manaba en tu frente;
como si los corales lloraran escondidos
envidiando la aurora de tu vida reciente.

Como-si entre la hierba, la fuente cristalina
se rompiera en cristales para humillar su orgullo;
como si con la espada de la primera espina
quisiera suicidarse de celos un capullo.

Fué como si en el cielo gritaran las estrellas
al sentirse vencidas en su limpia mirada;

como si de las flores se borrarán las huellas
cuando Dios te hizo Virgen, María Inmaculada.

Madre

Fué como si las rosas olvidaran su aroma
y quisieran copiarlo de tu aliento primero;
como si la paloma ya no fuera paloma
y un pájaro en tu vientre cantara prisionero.

Fué como si del cielo, del aire y de la tierra
ejércitos de arcángeles inundaran la vida;
como si en vez de espadas para sembrar la guerra
sembraran de oraciones la tierra prometida.

Fué como si la noche de los siglos infantiles
se sintiera de pronto por Dios iluminada;
fué como si los hombres se tornaran amantes
cuando Dios te hizo Madre, María Inmaculada.

Todo fué el gran milagro preferido del Padre,
todo fué como un árbol que creciera en la Altura,
cuando Dios te hizo Esposa, cuando Dios te hizo Madre,
cuando Dios te hizo Virgen, cuando Dios te hizo pura.

II

Invocación

Un día te llevaron los ángeles en vuelo
navegando en el aire con rumbo al paraíso;
desde aquella mañana es el azul del cielo
símbolo de pureza porque el Señor lo quiso.

Porque así como el aire en el azul se baña
y no hay mano posible que le busque y le encuentre,
así se fué bañando la rosa de tu entraña
antes de que nos dieras el fruto de tu vientre.

Y desde que la noche se apoderó del mundo,
a ciegas perseguimos el eco de tus huellas,
que tú nos has dejado tu recuerdo profundo
como el cielo nos deja la luz de las estrellas.

Tú nos estás llamando con gritos de dulzura,
pero la carne cierra nuestros torpes sentidos,
que la noche nos cerca cada vez más oscura
y nos está acechando una niebla de olvidos.

Sí, te fuiste entre nubes en busca de tu Hijo,
los ángeles te alzaron a la más alta loma,
te proclamaron Reina y el Señor te bendijo
lo mismo que una brisa bendice a una paloma.

Pero aún eres nuestra, que como el horizonte
fuiste de cuerpo y de alma y de tierra y de Cielo
y por eso, Señora, descienes de tu Monte
y en agua de cascada derramas tu consuelo.

Y así como la hierba se empapa de rocío
y de luz la mañana y el campo de belleza
y de cantos los pájaros y de clamor el río,
el corazón del hombre se empapa en tu pureza.

Porque eres el milagro preferido del Padre
y eres la más divina y excelsa criatura,
porque Dios te hizo Esposa, porque Dios te hizo Madre,
porque Dios te hizo Virgen, porque Dios te hizo pura.

Porque en tí confiamos, eterna Capitana,
para que nos eleves el alma de las cosas,
para que nos arribes a una bella mañana
donde sólo haya pájaros y canciones y rosas.

Donde no se respire más que un aire de besos
y seamos esclavos de tu limpia mirada,
donde todos vivamos eternamente presos,
María Inmaculada.

La estrella verdadera

No sé si como gasa o como seda
o simplemente como flor vencida
por los oscuros cardos de la vida
mi alma floreciente se me enreda.

¿A dónde iré, Señor, para que pueda
cicatrizarse el alma dolorida
y detener la sangre de esta herida
y aumentar el caudal de la que queda?

¿A dónde que no sea a tu plantío
donde crece el Amor en el consuelo
y se presiente el eco de tus huellas?

¿A dónde que no sea a Tí, Dios mío,
que eres Cielo del cielo de mi cielo
y Estrella que iluminas las estrellas?

Canto posible

Señor, yo no te canto, yo no puedo cantarte,
yo no llego a tus hombros a ponerte mi mano.
Porque no estoy maduro, yo no podría hablarte
con mi verso temprano.

Te diría tan sólo un verso, una palabra
que fuera como un jugo fermentado en mi vida,
pero espero que un día mi corazón se abra
como una fruta hendida.

En tanto será el mundo mi amado paraíso,
recogeré mis flores para guardarte un ramo
y besando tus huellas con mi beso impreciso
te diré que te amo.

Serás para mis labios una fuente prohibida,
una altísima cumbre sin acceso posible.
Yo, ni siquiera un valle de tierra prometida
por tu mano invisible.

Señor, la vida es triste como un verso olvidado,
amarga como un alma que se sabe desierta,
breve como el engaño de un niño que ha soñado
y de pronto despierta.

Pero a pesar de todo yo quisiera cantarte,
desnudar mis palabras para que así, desnudas
como arcángeles nuevos, pudieran explicarte
la razón de mis dudas.

Te diría que el mundo cabe en un pensamiento,
que es muy poco la tierra para llenar mi mano,
que hay muy pocas estrellas para encender el viento
del corazón humano.

Yo fuí como Tú sabes, pero el mundo me ignora,
soy como Tú me hiciste y como yo me he hecho.
Mas ya no me conoces. (Qué dirías ahora
si entraras en mi pecho...)

¿Te acuerdas de las rosas que tenías plantadas?
¿Olvidaste los pájaros que Tú pusiste en mí?
Ay, Señor, una tarde no sentí mis pasadas
y todo lo perdí.

Ni siquiera el aroma superó mi osadía,
se me murió en los brazos mi propia primavera,
no sé, Señor, si ha sido toda la culpa mía,
no lo sé tan siquiera.

Pero acude a mi lado, Señor, te necesito
para que restablezcas aquel orden primero
y para que me arranques la raíz de este grito
que llevo prisionero.

Si es preciso que empuñes el látigo en tu mano
desnudaré mi espalda. Señor, te lo prometo.
Siémbrame nuevamente, que he perdido mi grano
por un bosque secreto.

Endereza mi verso, mi voz desordenada,
inúndame de pájaros que eleven mi estandarte,
convénceme de nuevo de que yo no soy nada
para poder cantarte.

Porque tanto he creído, Señor, en que mi barro
era para tus plantas una alfombra siquiera,
que más que amor te pido la rueda de tu Carro
o el fuego de tu hoguera.

Señor, yo no te canto porque soy una selva
de desgarrados gritos, de cachorros de espanto.
Pero hallaré mis rosas, y entonces cuando vuelva
renacerá mi canto.

Desadilla

¿Cómo he soñado, Amor, que me perdía,
que por un bosque ardiendo me encontraba,
que por un mar de olvidos navegaba
y por oscuros campos florecía?

¿Cómo he soñado, cómo, que nacía
como si de un volcán fuese la lava,
si cuando era yo niño te llamaba
y siempre, Amor, tu voz me respondía?

¿Cómo he soñado, Amor, de este manera
ser prófugo de un hábito divino
y un paria de tu reino y tu memoria,

si yo te siento, Amor, si yo quisiera
no desviar mis pies de tu camino
y llegar hasta el prado de tu gloria?

Postcomuni3n

Quise, Amor, que tu Pan me alimentara
para sentir tu cuerpo por mis venas
y me entregaste a Dios a manos llenas
para que de su Harina me llenara.

Quise, Amor, que tu Vino me saciara
para sentir bulléndome las venas,
y donde había blancas azucenas
un borbot3n me nace de agua clara.

Te he visitado, Amor, y sonreía
el gozo de la vida por tu casa.
Un minuto, Señor, he sido santo.

Y me estoy preguntando todavía,
c3mo tan poco vino tanto abrasa,
c3mo tan poco pan nos llena tanto.

Poema a la Eucaristía

Qué milagroso empeño, Señor, el de tu Cielo
simplificadamente prisionero en la Hostia,
qué viva taumaturgia la de tu permanencia
en forma de una Forma.

Alguien me dijo un día que los muertos estaban
cercanos a nosotros, asomados en ella,
que eras como una orilla, como una blanca costa
entre el cielo y la tierra.

Oh, eucarística puerta de trigo y de blancura,
abierta para todos los caminos posibles,
deslumbradora antorcha que incendias a la noche
sin poder extinguirte.

He estado acariciando cenicientas espigas
anticipadas hostias esperando el milagro,
todas están soñando una cruz en el aire
hecha con una mano.

Oh, Señor, no pensamos; el labrador no piensa
que te tiene en las manos anticipadamente.
Y la tierra no sabe que en la entraña del surco
estás naciendo siempre.

Sí; siempre estás naciendo, porque en cada molécula
se esconde este secreto de tu antiguo milagro.
Ay, Señor, lo sabemos, y porque lo sabemos
no sabemos pensarlo.

Oh, Señor eucarístico, si es verdad que los muertos
habitan los caminos que hay detrás de tu Hostia,
diles que nos esperen, que nos preparen ramos
con las últimas rosas.

Oh, Señor, no pensamos; si los hombres pensáramos
querríamos la muerte con urgencia de ríos.
Porque la muerte es esa, la redonda mirada
de tu pan eucarístico.

Confidencia de la vida

Sí, la vida es un grito, amiga mía,
un grito que se apaga en un momento,
una boda de llanto y de alegría
que queda celebrándose en el viento.

Una voz modulada que se muere,
que queriendo decir, no dice nada,
que quiere eternizarse y que no quiere;
una palabra apenas pronunciada.

Un aroma de Dios que nos envuelve
rociando de noche nuestros pinos.
Algo que siempre va, que nunca vuelve
y apenas deja huella en los caminos.

Sí, la vida es un grito y un aroma,
una voz y un perfume soberanos,
un todo que no es nada, una paloma
que se nos va escapando de las manos.

Un grito, un desgarrado griterío
desesperadamente aprisionado,
un agua encarcelada por un río
que va buscando el mar desesperado.

Y es que la vida es, amiga mía,
un grito que se apaga y se destruye,
un pájaro que brinca de alegría,
una gacela libre cuando huye.

Dios es nuestro silencio, nuestro anverso,
lo inverso de la noche y de la sombra.
(Para nombrar la vida cuánto verso,
y a Dios con uno solo se le nombra.)

Ojos de Dios

Me está mirando el Cielo en esta tarde
como si fuera Dios el que me mira,
y me arde el corazón como una pira
como si fuera Dios el que me arde.

Me está doliendo ya que se retarde
el alba prometida al que suspira;
huir quiero de mi, de esta mentira,
no sé si por valiente o por cobarde.

Me está mirando Dios, me está mirando
como un padre que está mirando a un hijo
cuando se pierde en matas y en rastrojos.

La causa de mi angustia estoy buscando
para saber por qué, por qué me aflijo
y son tus ojos, Dios, y son tus ojos.

Retorno

Perdido por un bosque de pasiones
un camino encontré de soledades,
y se pobló mi alma de verdades
como se puebla un aire de canciones.

Fuí regando el paisaje de oraciones
y me crecieron hondas claridades,
y hoy como un mar de pájaros me invade
para segar en flor mis ambiciones.

Oh, Señor de mi vida y de mi sueño,
que encauzas mis ardientes inquietudes
en un río de plumas y de flores.

Toma mi corazón, oh dulce Dueño,
y házmelo semillero de virtudes
para sembrar mi voz con tus amores.

Rosas

Yo no llevaba nada.
Ni un cántaro vacío para llenarle de agua.

Fuera caían rosas
blancas como canciones.

¿Era verdad que Tú,
el Poeta, el Amigo, tras de la puerta estabas,
tras de esa oscura puerta donde el sol no da nunca?

¿Era verdad que yo,
que mis palabras eran un agua derramada,
un inútil aroma derrochado en promesas?

¿Por qué por mis oídos no penetró tu grito,
tu silencioso grito, tu grito desvelado?
Pero estaba tan cerca que no te había oído.

Señor,
estaba ya cansándome de venerar mis rosas.
Tenía desgarrados dulcemente los músculos,
no soportaba el peso sencillo de mis hombros
y no llevaba nada,
ni siquiera llevaba
una cesta de rosas
ni un cántaro vacío para llenarle de agua.

Pero estabas Tú ahí, cuajándote en silencio,
detrás de aquella puerta,
donde el sol no da nunca,
y el mundo no da nunca,
y el hombre no da nunca,
todo envuelto en la noche como un viejo sepulcro
donde nadie da nunca.

Fuera caían rosas,
oh, Señor, cuántas rosas
en deshojada lluvia.

Y sin embargo era tu voz un paraíso
florecido en promesas,
donde todo tenía su causa en un instante,
su explicación clarísima,
su porqué para todo.

Y así llegó la tarde en que me diste audiencia.

Desde entonces no vengo para escuchar tu aliento;
vengo para saberte.
Me sentaré contigo cuando renazca el fuego
y tú me irás diciendo...

Fuera de la ventana
ya no habrá tantas rosas...

Señor,
yo no llevaba nada,
ni un cántaro vacío para llenarle de agua,
y ahora es a TÍ a quien llevo,
eres TÚ quien me pesa tan dulcísimamente
como le pesa a un niño su mundo de esperanzas.

Ante el Cristo de las Claras

Nadie sabe quién fuiste ni quién eres,
qué dulce Cirineo te ha traído
ese tu cuerpo roto, destruído,
al que velan angélicas mujeres.

Y nadie lo sabrá, que tú no quieres
que sepan lo que fuiste, lo que has sido,
oh, cadáver de tierra estremecido,
Cristo que no estás muerto y que te mueres.

Amasijo de sangre coagulada;
esto es lo que me angustia y estremece
de tu angustioso cuerpo en agonía.

De verte llevo el alma desangrada
y ¡cómo no!, Señor, si me parece
que estás agonizando todavía.

Presencia de Dios

Dios está aquí, en la espiga,
ondulando las mieses con el mar de sus manos,
disuelto en las canciones como el aire en el agua,
prisionero en los juncos de todos los arroyos,
salpicando las brisas de todos los caminos.

Dios está aquí, gritando
dentro de mi silencio solemne como un templo,
descansando a la sombra de mi antigua pureza,
ordenando mis dedos que anidan un poema...

Dios está aquí, en las tumbas
donde viven los muertos como un pastor de niños.
Porque los hombres vuelven a ser niños de nuevo
cuando por los senderos la muerte les encuentra.

Dios está aquí, en la noche,
anunciado en estrellas, anticipado en cirios,
esparcido en las rosas como un denso perfume,
rociando la hierba, que sabe más que el hombre
de todos los misterios...

Dios está aquí, prendido
en el pecho del mundo sin poder desclavarse.

Frío como un olvido que se olvida a sí mismo,
como una nieve huérfana que no sabe que es nieve,
marca el hombre sus pasos sin recordar sus huellas,
ignorando que es hombre,
creyendo que la vida es un ensayo, un verso
listo para un poema que componemos todos.
Y la vida es un canto definitivo, exacto.

Dios está aquí, en los ríos,
abriendo los capullos que tapizan sus márgenes,
animando los cantos de todos los jilgueros.

Dios está aquí, en tus ojos,
Dios está aquí, en mi vida,
entregado en mi canto como un pájaro inmenso.

INDICE

	<i>Págs.</i>
Elegía a M. ^a Teresa Ortega	5
Ser como niño	8
Aunque es de noche	9
Oración de un cadáver	10
Elegía esperanzada	11
El pecado	13
Visita al Sagrario	14
Poema a la Virgen María	15
La Estrella verdadera	18
Canto posible	19
Pesadilla	21
Postcomunión	22
Poema a la Eucaristía	23
Confidencia de la vida	24
Ojos de Dios	25
Retorno	26
Rosas	27
Ante el Cristo de las Claras	29
Presencia de Dios	30

Obras publicadas del mismo autor

"SIN PRIMAVERA".--1946.--Palencia

"POESIA".--1946.--Almería

AUNQUE ES DE NOCHE.--1947.--Palencia

